

El movimiento popular y la lucha antirreeleccionista en Yucatán

José Luis Sierra Villarreal

Antecedentes

En 1906, mientras el país se debatía en una tremenda crisis económica, el general Porfirio Díaz visitaba el estado de Yucatán, gobernado en ese entonces por el capitán de la oligarquía henequenera, Olegario Molina. La fastuosidad de la ciudad, sus avenidas asfaltadas y las mansiones de trazos europeos, la limpieza de sus gentes y la fantasiosa riqueza en los bordados y la orfebrería de los atuendos mestizos; la laboriosidad del pueblo en los centros de trabajo y la sumisión absoluta del peonaje en las haciendas estremecieron al general tuxtepecano. Veía en la realidad el modelo de sociedad que creía existir sólo en su mente; el proyecto que lo había acompañado en sus sueños desde los cuarteles orxaqueños hasta el Castillo de Chapultepec.

El impacto logrado por la realidad yucateca en la mente del dictador no tardaría en manifestarse. Olegario Molina —representante de los McCormick, los Morgan y los Perkins en nuestro país— fue llamado a la ciudad de México para desempeñarse como ministro de Fomento y Obras.

Con el espaldarazo del viejo dictador y la ayuda de sus yernos —los españoles Avelino Montes y Rogelio V. Suárez—, Olegario Molina intensificó el control monopolístico del henequén y de la economía yucateca, buscando eliminar o subordinar las pocas casas comerciales y grupos financieros que habían resistido hasta entonces sus embates. Los bancos, ferrocarriles, almacenes y muelles, firmas comerciales, constructoras, farmacias, etcétera, quedaron en manos de unas pocas familias, emparentadas entre ellas por la sangre o por las conveniencias.

La población mayoritaria vivía arraigada a los centros de trabajo, socialmente aislada y físicamente incomunicada; y sobre ella se erigía la hacienda, no sólo como unidad productiva sino como la célula básica de la organización social.

Tras el lujo y el refinamiento de la oligarquía imperaban el autoritarismo y la represión como garantes de un orden político y discriminatorio. La subordinación de los trabajadores arrancaba del lecho mismo del recién nacido y se prolongaba durante toda su vida por la falta de educación, por el paternalismo de los hacendados, por las directrices de la religión y sus ministros, por las deudas, las levas, los jefes políticos, las tutorías y curatelas, el alcoholismo, la discriminación étnica y la desintegración cultural, y por muchos otros mecanismos y prácticas.

Cuando la oposición antirreeleccionista empezó a cobrar cierta importancia en el resto del país, inquietando la paz porfiriana, en Yucatán parecía inamovible la situación reinante. Había descontento sí, pero aparecía como el resultado de pugnas entre grupos de hacendados que, como había sucedido antes, terminarían siendo descargadas sobre la espalda de sus trabajadores.

Sin embargo, esta consistencia era sólo aparente. Los acontecimientos en Yucatán seguirían un rumbo muy distinto al que hubieran querido los oligarcas y sus socios extranjeros.

Para 1918, apenas empañado por el paso de los años el brillo del porfiriato, gobernaba en Yucatán un dirigente de los obreros. En 1921, a diez años del destierro porfirista, se instauraba el primer Gobierno Socialista de Yucatán, al ser elegido Manuel Berzunza, fundador y dirigente del Partido Socialista de Yucatán.

Si en 1910 había alrededor de 80,000 peones acasillados por deudas, sujetos a formas de trabajo forzoso en las haciendas henequeneras, para 1920, el Partido Socialista contaba con igual número de afiliados, militantes activos de la organización, que habían superado la subordinación del peonaje hasta conocer y convencerse de la necesidad de luchar para alcanzar mejores niveles de vida.

Las 415 Ligas de Resistencia existentes en 1921, se encontraban en los más recónditos lugares del estado luchando por erradicar los vestigios del antiguo orden oligárquico y por hacer valer la participación popular que propugnaba el nuevo orden revolucionario.

Yucatán contaba, ya para entonces, con el cuerpo legal más avanzado del país. Sus leyes y códigos agrarios, laborales, fiscales, municipales, civiles, educacionales, etc., eran y son ejemplo del compromiso de los gobernantes y legisladores con las demandas de sus representantes. La mujer se integró formalmente a la vida política y, además de ejercer el voto, ocupó desde las elecciones de 1921 puestos de responsabilidad pública. La alfabetización constituyó una verdadera cruzada promovida por los gobernantes y sostenida por el Partido Socialista y sus Ligas de Resistencia, complementándose la difusión cultural con la reforma en los contenidos educativos.

Todos éstos no son sino unos cuantos indicadores del profundo y vigoroso proceso de transformación que le tocó vivir a Yucatán entre 1911 y 1921. Apretado periodo en que, sin recurrir a la rebelión armada, la movilización popular desencaja las bases sociales de la oligarquía y las sustituye con formas *sui generis* de organización política y social. Formas realmente democráticas, surgidas de la tradición y que afloraron tan pronto les ofreció el espacio mínimo la Revolución mexicana, tras haber vivido sojuzgadas por la hacienda, el acasillamiento y la coacción de los gobiernos autoritarios y el elitismo de la oligarquía.

Este es el proceso que nos interesa estudiar, y lo haremos desde la óptica de un movimiento popular que asumía matices de *resistencia* o de *emergencia*, según el momento y las condiciones imperantes, pero que, históricamente, estuvo presente en todo momento, desgastando el sistema hacendario y el régimen de la oligarquía; aprovechando sus contradicciones internas; respirando los aires renovadores del movimiento revolucionario nacional; agotando sus márgenes hasta ver respondidas las demandas y los anhelos populares; promoviendo un proyecto social auténticamente democrático y popular, concretado en la fuerza del partido y los sucesivos gobiernos socialistas de Yucatán.

Rebelión social y organización política

Creemos que tanto la actitud frente a las condiciones imperantes como las formas y niveles de organización que se asumen, son elementos definitorios del movimiento popular. Si bien condiciones execrables

de existencia nunca han propiciado algo más que motines, sin lograr cambios profundos en la sociedad, tampoco ha sido posible construir organizaciones fuertes e influyentes aisladas del apoyo popular, al margen de las necesidades de existencia.

Por ello, para analizar el movimiento popular yucateco a principios de nuestro siglo, debemos buscar cómo la rebeldía social se expresó ante las circunstancias imperantes y qué fórmulas se buscaron para superar la situación que enfrentaban, es decir, cuál era la percepción del momento y el grado de desarrollo orgánico alcanzado. Este enfoque nos permitirá recorrer el largo trecho que hay desde la reacción primaria e individual hasta las formas superiores de organización política, situando cada hecho en el contexto social e histórico en que se dió, entendiendo cada nivel con sus antecedentes como parte de un proceso.

Desde esta perspectiva, la "indolencia india" debe analizarse como una forma de resistencia —la resistencia pasiva— que aplicaba el pueblo trabajador ante la opresión de la "casta divina". De igual manera, debemos ver en el acto violento del peón contra el mayordomo o contra los bienes de la hacienda, una forma primaria de rebeldía que marca los límites de un sistema fñcado en el temor individual por coerción física y enajenación personal.

En sociedades autoritarias y desintegradas la confrontación política asume rasgos de radicalidad primaria e individual, toda vez que se imposibilita la acción colectiva y no existen formas "mediadas" de expresión y participación social. De esta manera, los mecanismos coercitivos implantados desde la cúspide, se justifican por los actos violentos de la población, que ellos mismos generan.

En las sociedades oligárquicas, a diferencia de las sociedades burguesas, no existe la *autonomización* de las distintas instancias de su actividad. Dicho en otras palabras, las instituciones y prácticas que conforman la "sociedad civil" están muy poco desarrolladas, disolviendo a ésta en la "sociedad política". De esta manera aparecen indiferenciadas las acciones con finalidad económica, ideológica o política, y no se manifiestan más intereses que los del grupo dominante. Todas las instituciones están al servicio de dicho grupo y cumplen un papel complementario en el logro de sus intereses. Los mecanismos ideológicos adoptan funciones económicas, por ejemplo, y los intereses económicos pueden expresarse y concretarse en formas ideológicas.

Por lo anterior, el orden oligárquico aparece como monolítico y plano, con una sola cara, asumiendo un comportamiento vertical. La oligarquía, como grupo dominante, no puede permitir ser interpelada en ninguna de las *instancias*, ya que dicha interpelación cuestionaría la totalidad de su estructura rígida y simplista. En este orden de cosas, el control ideológico y político, en una sociedad oligárquica, no tiene sólo carácter preventivo, constituye además una necesidad inmediata y permanente de la realización de los intereses de la oligarquía.

Naturalmente, la propia conformación del orden oligárquico determina el carácter y las formas de rebeldía social que genera. No podemos pensar que ésta se exprese de manera colectiva ni que alcance grados superiores de desarrollo. El control que requiere la oligarquía para ver realizados sus intereses se adelanta a cualquier intento de respuesta organizada y colectiva, provocando y reprimiendo sus primeras manifestaciones.

La respuesta lógica de una estructura autoritaria es la intensificación del control con el afán de alcanzar una eficiencia mayor que aquélla

que permitió el intento opositor. La retroalimentación que se opera entre rebeldía y control resta capacidad de respuesta al orden oligárquico y tiende nexos entre los distintos focos de conflicto, aumentando su capacidad de interpelación y movilización.

En este mismo sentido se da, dentro de las sociedades elitistas y autoritarias, la posibilidad de conflicto grave por fisuras dentro del mismo grupo dominante o en los círculos apegados a él. Las dificultades que surgen en este nivel se agravan por la cristalización de la estructura vertical y unilateral, adquiriendo carácter general. Si una situación de esta naturaleza coincide con el intento de organización de los grupos dominados o el estallido de la rebeldía popular, el orden oligárquico se encontrará en una cuña, desprovisto de sus armas al haber perdido la iniciativa y ser atravesado por las contradicciones sociales.

La importancia de este hecho estriba, para fines de nuestro análisis, en determinar que para el desarrollo del movimiento popular en el marco de una sociedad sectaria y autoritaria, es tan importante la acumulación de la rebeldía social como la descomposición interna del propio grupo dominante. Y que ambas tienen una primera expresión en el ámbito de la ideología, que permite que haya coincidencias políticas a pesar de tener distinto carácter.

Naturalmente, mientras permanezca en este nivel, la disidencia en la sociedad solamente alcanzará formas primarias de expresión, reacciones aisladas y espontáneas, en lo individual o en lo colectivo. Pero su resistencia y permanencia ofrece una base potencial de apoyo, amplia y popular, a alguna de las facciones en conflicto. Esta posibilidad se ha concretado históricamente en repetidas ocasiones, sobre todo en movimientos de filiación política y social muy amplia, que responden, más que a un proyecto elaborado y común, a un rechazo de la situación imperante. Tal ha sido el caso de iniciativas conspiradoras de pequeños grupos, que se tornan sublevaciones o el caso más frecuente de las coaliciones "anti" algo.

Cuando la insatisfacción general explota y se convierte en movimiento político, el poder oligárquico se ve privado de sus dos principales apoyos: el aislamiento físico y social de las bases oprimidas y el extenso temor de la población sostenido por la compleja estructura paternal-autoritaria. El poder político de la oligarquía y aun su capacidad militar, están organizados sobre la base de tener que enfrentar el descontento de pequeños grupos en forma aislada. Cuando el descontento cunde y la protesta se generaliza, la incapacidad represora del régimen actúa como catalizador de los mismos, retroalimentado el ánimo de las masas hasta poner en evidencia la cristalización de una estructura autoritaria y estrecha.

Tal fue el caso del porfiriato que al enfrentarse con un terco movimiento antirreeleccionista, utilizó las mismas medidas represivas en que se había fundado su poder, sirviendo sólo para exacerbar el movimiento y su difusión a nivel nacional. Cuando estalló la revuelta, el aparato militar porfirista, orgullo del régimen y ejemplo de severidad y eficacia, ni siquiera pudo entrar en acción. El carácter generalizado del descontento rebasaba su concepción logística: no podía enfrentar tantos focos y en lugares tan distintos. El porfiriato abdicaría al ser tomada la primera ciudad, en la frontera norte, a miles de kilómetros de su base de poder y sin haber entrado en batalla sus fuerzas nacionales.

La situación en Yucatán, aunque con un ritmo propio, era muy semejante. La paz y la tranquilidad alcanzadas en Yucatán durante el

porfiriano estaban sustentadas en el estricto control que ejercía el grupo oligárquico. El más incipiente intento de rebeldía era detectado en el momento mismo en que la intención buscaba concretarse en acción, ya que la lealtad en que se funda el "patronazgo" genera una vastísima red de informantes y delatores, ávidos de ganarse el reconocimiento del patrón.

Por ello, la insatisfacción durante esa época se expresaba sólo de manera personal, sin alcanzar formas sociales o colectivas, y asumía maneras tan diversas como la "resistencia pasiva", la fuga, la agresión física a los peones "de confianza" o a sus familiares, la destrucción de bienes de la hacienda, el ataque violento contra las autoridades locales, etcétera.

Naturalmente, la estrecha oligarquía sabía ver en la violencia de los oprimidos los signos inconfundibles de la rebeldía y el descontento general, por lo que dichos actos eran perseguidos y castigados con ejemplar esmero y con el afán de que sirvieran de escarmiento y así apagar los brotes de simpatía que pudieran haber despertado en otras personas. Por el contrario, el uso de la violencia personal por los miembros de la oligarquía o sus servidores, era visto como algo muy natural, como un atributo propio de su nivel social, distinción fundada en la discriminación étnica.

Pero en el momento en que las disputas internas en la oligarquía rebasaron el ámbito económico y se expresaron en la lucha electoral, las distintas facciones recurrieron al apoyo popular en busca de su legitimación, encontrando, para su desgracia, un vigoroso movimiento que trascendería con mucho las consignas antirreeleccionistas al plantear y luchar por sus propias demandas. La inclusión de las masas populares en la toma de decisiones por la sociedad, haría saltar el modelo de dominación de la oligarquía. Pero la oligarquía henequenera, a diferencia del grupo de Díaz, se retiró de la función política y trató de preservar el usufructo del aparato económico, que mantenía incólume. Y esto no pasó de ser una ilusión en la desesperanza.

Si bien la bonanza henequenera en el mercado internacional permitió a la oligarquía yucateca sortear algunas de las dificultades que enfrentaba, no le era posible mantener un sistema productivo al que le era esencial la coerción ejercida tanto en el seno familiar como en los más amplios círculos de la colectividad y el quehacer político. Desbordando los mecanismos de control de la oligarquía, la inestabilidad política y la confusión cundieron por el estado, arrastrando a todos los grupos políticos y sectores sociales.

El general Cantón y las fracturas de la oligarquía

Las luchas antirreeleccionistas en Yucatán se iniciaron en 1897, cuando el general Francisco Cantón opuso su candidatura al intento reeleccionista de Carlos Peón, y culminaron en 1912, cuando el licenciado José Ma. Pino Suárez derrotó electoralmente al cabeza del célebre movimiento "morenista", Delio Moreno Cantón.

El intenso proceso del elitismo que se dio en la vida política y social de Yucatán en los últimos quince años, había constreñido la totalidad de las decisiones a unas cuantas manos. La simbiosis del control político y económico era el fundamento constitutivo de la oligarquía henequenera. Ocupar la gubernatura estatal, ejercer el control militar sobre el territorio y su población y detentar los mecanismos de acaparamiento

y comercialización de la producción henequenera, eran las partes del esquema de dominación de aquella sociedad. Eso era lo que aspiraban a mantener los miembros de la estrecha oligarquía, como era el caso de Carlos Peón, electo para gobernar el estado de 1894 a 1898. Miembro de una familia de lengua tradición hacendaria, había llegado a ser el jefe del grupo comercial inversionista más importante de esos años; sus propiedades abarcaban buena parte del oeste del estado, misma zona que controlaban comercialmente, habiendo incursionado, además, en los negocios ferrocarrileros y de almacenaje de maquinaria, molinos y destilerías, etcétera.

El general Francisco Cantón era un ejemplo vivo de la otra vía de acceso al grupo oligárquico. El veleidoso militar vallisoletano, había formado parte de las fuerzas que enfrentaron la separación de Campeche y alcanzado fama guerrera por su desempeño frente a la sublevación indígena cuando cobró sus matices más encarnizados. Durante el Imperio, fue uno de sus puntales en Yucatán, cosa que le valdría prisión y persecución por parte de los liberales, encabezados por el general Manuel Cepeda Peraza. El triunfo liberal lo marginó de la escena política, pero no por mucho tiempo. Apenas hecho público el Plan de Tuxtepec se declaró acérrimo enemigo del lerdismo y seguidor del general Porfirio Díaz.

Díaz expresó su reconocimiento a Francisco Cantón al otorgarle el grado de General. Cantón aprovecharía su situación de privilegio y la estrecha relación que guardaba con el ministro Joaquín de Baranda, para obtener innumerables concesiones ferroviarias y otras prebendas para él y para sus seguidores. En este proceso tuvo que entrar en relación con múltiples liberales, sus enemigos políticos de antaño, ahogando sus diferencias en el bienestar económico y el prestigio social.

Casi al terminar su período gubernamental, Carlos Peón externó su deseo de reelegirse para el cargo, siguiendo el ejemplo del presidente Díaz. El general Cantón avariciaba, desde hacía muchos años, la idea de llegar a ser gobernador del estado y si antes había trocado sus ilusiones por el disfrute de ciertos beneficios, en esta ocasión su avanzada edad y los múltiples compromisos políticos y económicos contraídos hacían su voluntad impostergable.

La campaña electoral enfrentó a dos miembros de la oligarquía que respondían a orígenes distintos. Y fue la manifestación en el terreno político de la lucha que seguían las distintas fracciones de la oligarquía por hacerse del control monopólico de la producción y comercialización del henequén y, por ende, de las principales posiciones de la sociedad. La novedad de esta pugna interoligárquica reside en que ambas fracciones recurrieron a los más amplios círculos sociales con el afán de inclinar el fiel de la balanza a su favor.

Carlos Peón, cuyas bases de poder se encontraban en el oeste y sur del estado, contaba con el apoyo decidido de los viejos hacendados, Cantón, a las simpatías de la población en el oriente y centro del estado, sumó el apresurado apoyo de Olegario Molina que disputaba la hegemonía oligárquica al grupo de Peón. Cantón impulsaba el movimiento a su favor desde el Gran Club Liberal Porfirista Antirreeleccionista; su oponente lo hacía desde la Convención Democrática Yucateca. Peón manejaba sutilmente los hilos del paternalismo hacendaria a fin de lograr el consenso popular. Cantón recurría hábilmente al odio ancestral del pueblo al resaltar el origen étnico y el comportamiento sectario de su contrincante.

Finalmente, el presidente Díaz se inclinaria por su antiguo aliado, el general Francisco Cantón, obligando a renunciar a Carlos Peón un año antes de finalizar su mandato.

Creemos que la campaña electoral en que se enfrentaron Carlos Peón y el general Cantón por la gubernatura del estado, si bien no entrañó diferencias profundas ni en el origen social ni en el interés político de los contendientes, marcó un hito en la historia yucateca por el contexto en que se dio y las consecuencias que de ella derivaron. Señalaremos algunas que consideramos importantes, aunque sea de manera muy escueta.

1. Obligó al grupo oligárquico a recurrir al consenso popular para dirimir sus disputas, echando abajo el supuesto autoritario de hacer valer la voluntad de la minoría sin la consulta de las mayorías.

2. Reflejó el intenso proceso de reducción del grupo oligárquico, coincidiendo con la culminación de su acumulación de poder. A partir de entonces, el control de la oligarquía se sumiría en el desgaste, primero, y en una acelerada descomposición, después.

3. Permitió expresar algunas inquietudes y rompió, de hecho, con uno de los principales elementos del control oligárquico: el aislamiento social y político de la población.

El inicio del fin: la gubernatura de Olegario Molina

Las candidaturas de uno y otro contendiente fueron ampliamente apoyadas y festejadas por la población, lo que significa dos cosas: una, la existencia de sutiles mecanismos de control que, en un momento dado, permitían recurrir a ella en busca de legitimación y dos, la existencia de un profundo malestar en la población, base primaria de todo movimiento popular, que le haría valerse de cualquier vía para expresarlo, si bien esto no lo satisfacía.

La gubernatura del general Cantón y la posterior designación de Olegario Molina para sucederle, marcaron el máximo nivel alcanzado por el orden social de la oligarquía. Con ellos se logró la mayor y más clara subordinación del aparato político y de todas las instancias sociales a los intereses económicos del estrecho grupo dominante.

Durante estos años se alcanzó el más estricto control monopólico en la producción y la comercialización del henequén, impuesto por dos grandes consorcios de la agroindustria y la industria cordelera —la International Harvester de Chicago y la Plymouth Cordage, de Boston. La casa de Olegario Molina tenía la exclusividad para la venta de henequén a la IHC y, con el tiempo, llevaría a la bancarrota al grupo Escalante Peón, para hacerse del control ferroviario, de los bancos y de todas aquellas ramas de la economía que todavía escapaban a su dominio.

Para asegurar el estricto control alcanzado, Olegario Molina, al asumir la gubernatura, asestó un golpe maestro a su antecesor y efímero aliado, el general Cantón, al conseguir del presidente Díaz la separación del territorio de Quintana Roo, principal base de apoyo del general Cantón, quedando, además, como uno de los cinco propietarios beneficiados con el "deslinde" de la extensa propiedad federal.

Paradójicamente, este momento marcó el inicio del descenso del poder de la oligarquía, su descomposición hasta llegar a la desaparición. Y es que el momento de mayor control sobre la sociedad y sus instancias coincidió con el agotamiento del modelo hacendario de

producción de henequén. El acelerado proceso de expansión de los planteles implicaba un crecimiento similar en el volumen de mano de obra utilizada, siempre sujeta a niveles de sobreexplotación. Para principios de siglo, se requería una fuente accesoria de mano de obra, toda vez que la integración forzada de las comunidades indígenas y el crecimiento natural de la población, fuentes tradicionales de abastecimiento de mano de obra, se habían agotado.

La escasez significaba la desaparición de uno de los fundamentos del modelo hacendario: la mano de obra abundante que permitía reducir su precio y sujetarlo al régimen de sobreexplotación. No sólo eso. La necesidad de brazos para trabajar dio lugar a disputa entre los propietarios por la fuerza de trabajo existente, pujando al alza en el monto salarial. Y con esto fallaba otra de las relaciones que eran consustanciales al sistema de las haciendas: el endeudamiento y el arraigo de la mano de obra. Es decir, se pugnaba por un salario remunerador, primer paso para el establecimiento de la relación libre de trabajo. Esto hacía que mecanismos tales como la tienda de raya y el endeudamiento resultaran insuficientes para cumplir su función de arraigo. Al desaparecer el mecanismo económico de la deuda, desaparecía uno de los factores que mantenían arraigada la mano de obra a la hacienda. El otro, de carácter psicológico y que consistía en la dependencia absoluta que sentía el trabajador de la hacienda, había recibido un fuerte impacto y tendía a desaparecer con el tiempo.

Así, pues, el movimiento antirreeleccionista del general Cantón coincidió con un cambio en la situación social. La oligarquía enfrentaría los problemas de la dominación y el control sociales, a partir de ese momento, ya no bajo el esquema de la expansión sin límites sino, por el contrario, ante la crisis y el agotamiento del modelo, lo que reduciría enormemente sus márgenes de maniobra. Y quizá como una manifestación de este aspecto, las amplias mayorías populares buscarían participar en la toma de decisiones que interesaban a sus condiciones de trabajo y de existencia, erigiéndose en un obstáculo insalvable para los intereses de la oligarquía, acostumbrada como estaba a imponerlos al conjunto de la sociedad sin el más mínimo reparo.

El control ejercido por la administración molinista y la expansión sostenida en la siembra y producción de henequén, permitieron el clima de tranquilidad y laboriosidad que le tocó vivir al dictador Díaz, durante la visita que hiciera a Yucatán en 1906. Pero ya hemos visto cómo el orden de la oligarquía, tras esa imagen de solidez, estaba tocado de muerte. Así lo haría ver el siguiente episodio de la lucha antirreeleccionista, el del movimiento morenista.

El "morenismo": movimiento de hacendados y emergencia popular

Dos son las diferencias sustanciales entre el movimiento antirreeleccionista encabezado por Delio Moreno Cantón, sobrino del militar vallisoletano, y el del propio general Cantón: una, que la lucha electoral llevada por el general Cantón denotaba, como ya hemos señalado y fundamentado, el conflicto entre dos facciones de la oligarquía que disputaban por el monopolio del control social, mientras que en el caso del morenismo, la disputa electoral encontraba aislada a la oligarquía y enfrentaba ya no a dos fracciones de la propia oligarquía, sino al conjunto de sectores de la sociedad. La otra diferencia sustancial concierne al desarrollo del movimiento popular. Diez años de crisis y de exacer-

bación del autoritarismo oligárquico había sido una dura experiencia para el movimiento popular que había logrado conformar algunos núcleos de organización —escasos en número y dimensión, pero sólidos en su formación— desde los que se atacaba a la oligarquía y se luchaba por los intereses de las grandes mayorías.

En este sentido el morenismo conformó un amplio movimiento que representaba a todos los sectores sociales activos y conscientes de las limitaciones del orden de la oligarquía. Los unía una sola cosa: su rechazo a la oligarquía y a sus formas coercitivas de relación.

Delio Moreno Cantón había participado en el primer movimiento antirreeleccionista desde *La Revista de Mérida*, donde trabajaba como redactor. Cuando Olegario Molina dejó la gubernatura del estado en manos de su primo político y empleado, Enrique Muñoz Aristegui, para acudir al llamado de Porfirio Díaz, Moreno Cantón inició una feroz ofensiva contra el grupo molinista y su prepotencia desde las páginas del mismo diario, que para ese entonces era de su propiedad.

Moreno Cantón recogió el prestigio de su tío que en todo le apoyaba y logró hacerse, también, de la tradición de lucha que había labrado el general hasta alcanzar la gubernatura del estado, captando a los dirigentes más connotados de comunidades y pueblos.

Con este antecedente, cuando se acercaban las elecciones para renovar gobernadores, en 1909, Moreno Cantón acude a la presencia del general Díaz a fin de solicitar su aval, estando dispuesto a postular a la persona que el presidente señalara como candidato del Centro Electoral Independiente, con tal de impedir la reelección de Muñoz Aristegui. Ante la primera negativa de Díaz a influir en tal proceso, el grupo yucateco le pidió el espaldarazo para el general Luis Curiel, hombre de las confianzas del dictador y conocedor de la situación yucateca. Pero el anciano presidente persistía en su negativa. Así las cosas, el Centro Electoral Independiente se sintió en libertad de postular a su dirigente, Moreno Cantón, para encabezar la opción antirreeleccionista frente al gobernante molinista. Moreno Cantón, al igual que su tío, tuvo especial cuidado en aclarar que su consigna antirreeleccionista iba dirigida sólo al ámbito estatal, para enfrentar a la oligarquía henequenera, y no alcanzaba a la política del dictador, de quien se declaraba ferviente seguidor.

El morenismo, como movimiento político, no tenía unidad orgánica ni disciplina partidaria. Su dirección, en gran parte carismática, se apoyaba en el sentimiento generalizado de descontento popular, claramente enfocado contra la reducida oligarquía que detentaba el poder y la riqueza. Se había formado como fuerza opositora, sin lograr un proyecto alternativo propio, que se opusiera a las bases del régimen imperante y retomara las demandas populares como plataforma de una nueva relación (de poder).

El descontento generalizado de la población, hábilmente alimentado y reunido por el morenismo, se tornaría profunda frustración al consumarse el fraude electoral que reconoció a Muñoz Aristegui como gobernador. Desde unos días antes, un grupo de dirigentes del Centro Electoral Independiente había dado la pauta a seguir por los militantes más decididos para contraponerse al inminente fraude electoral: la rebelión popular. Tras los sucesos de octubre de 1910, el fallido intento de rebelión encontró reiteración en múltiples localidades del estado, al sublevarse dirigentes de reconocido prestigio local, enarbolando distintas demandas y asumiendo las más variadas formas de lucha.

Pedro Crespo —que después sería dirigente del Partido Socialista— y Eduardo Lizarraga se levantaron en el corazón de la zona henequenera, tras asesinar al jefe político de Temax, coronel Antonio Herrera. Este grupo, perseguido como "banda de asesinos y fascinosos", alcanzaría gran relevancia en su zona de influencia y sus "desmanes" serían cotidianamente comentados en las columnas de la prensa, si bien en tono de desaprobación.

En unos cuantos meses, de marzo de 1911 a febrero de 1912, hubo asonadas y levantamientos en Peto, Yaxcabá, Tekax, Muna, Espita, Halachó, Opichén, Sinanché, Hunucmá, Santa Elena, Conkal, Bacu, Cacalchén, Dzilam, Muxupip, Tunkás, Teya y Tekantó. Casi todas estas acciones fueron dirigidas por antiguos morenistas que se enfrentaban por esa vía al régimen vigente: el porfirismo, primero, el Pino-maderismo, después.

El descontento generalizado de la población y la multiplicación de acciones violentas en contra de militares y personeros del porfirismo, obligaron al anciano dictador a dar marcha atrás en su decisión de sostener a Muñoz Arístegui. Además, reconociendo de manera implícita el arrastre del morenismo, nombró al general Luis Curiel —que fuera propuesto a Díaz como posible candidato del propio Centro Electoral Independiente— como gobernador interino, con plenos poderes para restablecer el orden en el estado. El general Curiel estableció un acuerdo tácito con los morenistas al liberar a todos aquellos que se encontraban prisioneros a resultas de las disputas electorales; asimismo integró su equipo de trabajo con personas allegadas al líder Moreno Cantón.

Derrocado el régimen porfirista se realizaron nuevas elecciones en el estado en las que contendieron el licenciado José Ma. Pino Suárez, postulado por el Partido Nacional Antirreeleccionista, y Delio Moreno Cantón, por el Centro Electoral Independiente. Los resultados favorecieron al licenciado Pino Suárez en lo que se dice fue la primera violación al principio revolucionario del "sufragio efectivo".

Lo cierto es que en esa ocasión el morenismo concurría a las elecciones con sus bases de apoyo mermadas, ya que no contaba con la polarización de las fuerzas sociales a su favor, como había sido en el caso anterior. Las consignas antirreeleccionistas que habían dado consenso popular al morenismo no podían ser enarboladas contra quienes, precisamente, se presentaban como guardianes del antirreeleccionismo y del respeto al voto popular. Pese a esto, la gente seguía viendo a Moreno Cantón como su candidato y, al no estar enterados con detalle de la situación nacional, a su fuerza se atribuía la derrota política de la "casta" y sus personeros y el nuevo clima de libertad y participación social.

Bases orgánicas del antirreeleccionismo

El impacto que significó la campaña electoral de 1897 y el grado de movilización popular alcanzado se perciben perfectamente al analizar el explosivo crecimiento de los órganos periodísticos y al atender su filiación y contenido. Hemos localizado 38 artículos distintos de publicaciones periódicas con enfoque definitivamente político, que salieron al público en 1896 y 1897,* además de los dos diarios —*La Revista de Mé-*

* El periodista Carlos R. Menéndez en su investigación temática refiere que fueron más de 60 los órganos periódicos que aparecieron en esos años.

rida y El Eco del Comercio— que mantenían su gran circulación y la atención de los lectores.

Entre las publicaciones rastreadas destacan las publicadas en los pueblos del interior del estado y en los barrios de Mérida. Reflejan la importancia que revistió la campaña electoral para todo el estado; debemos también tomarlas como un indicador de una actividad previa que permitió conformar un grupo con opinión política y con capacidad para cumplir las tareas que exige la labor periodística.

Si nos ponemos a considerar los recursos materiales, técnicos y humanos y el grado de desarrollo político que se requiere para realizar una publicación periódica y hacerla llegar al público, no podemos aceptar la idea que, pasada la fiebre electoral, aquella capacidad haya sido cooptada por el régimen cantonista o haya desaparecido de improviso. Menos aún si sostenemos que lejos de desaparecer, las inquietudes sociales fueron alimentadas por el nuevo contexto de crisis general y de reducción de los márgenes de maniobra con que contaba la oligarquía al despuntar el presente siglo.

La importancia que el cambio de situación revistió para el desarrollo del movimiento popular y sus organizaciones, estribó, como señalamos antes, en la posibilidad de impulsar una lucha por demandas propias, fundada en la fuerza y la experiencia de los grupos populares. Es decir, tras la primera experiencia antirreeleccionista y con la apertura del espacio político y las iniciativas de las masas movilizadas, se sientan las bases para un trabajo en torno al deslinde de sus intereses y sus posiciones entre las distintas fuerzas y sectores sociales.

Esto se reflejó desde los últimos años del siglo anterior. En el seno de los hacendados productores de henequén surgió la necesidad de organizarse para defender sus intereses frente a los monopolios norteamericanos y sus agentes locales. Los reiterados intentos de organización de la Cámara Agrícola de Yucatán hablan de una tensión que iría en aumento frente a las prácticas monopolísticas de la oligarquía y a las constantes crisis en el mercado internacional de las fibras duras.

Los grupos populares respondieron a este cambio impulsando formas de organización y de lucha acordes con las nuevas circunstancias. Así, los trabajadores ferrocarrileros contestaron a la fusión de todas las empresas ferrocarrileras del estado en una sola —los Ferrocarriles Unidos de Yucatán—, organizando la Unión Obrera para oponerse a la violenta reducción salarial decretada por la dirección patronal en 1907. Aunque de efímera duración, la Unión Obrera fue un valioso antecedente para la lucha de los trabajadores por sus intereses y reflejo, además, de la combatividad de uno de los grupos obreros más importantes por su número y por su función estratégica para la economía henequenera.

Unos meses después, en enero de 1908, 32 trabajadores tipógrafos —de 197 que había en el estado— formaron la Unión Voluntaria, que tendría un destacado papel promoviendo agrupaciones semejantes entre los distintos gremios. Algunos de los propietarios de imprentas eran extranjeros, de ideas avanzadas que propagaban entre sus trabajadores y en el medio que los rodeaba.

No fueron pocos los extranjeros con ideas anarquistas que llegaron a nuestro estado, difundiendo sus principios y planteando a los trabajadores la necesidad de organizarse para contrarrestar el autoritarismo imperante. Giuseppe Garibaldi, uno de los más prestigiados dirigentes anarquistas de la época, estuvo algunos días intercambiando ideas y experiencias con gente como Valeriano Martínez, José Catalá, Emilio Sa-

dó, Emilio Rodríguez y Antonio Duch, militantes todos del anarquismo y puntales en las nacientes organizaciones gremiales yucatecas.

Precisamente, como resultado de la intensa labor de adoctrinamiento y organización, surgieron uniones de carpinteros, albañiles, sastres, mecánicos, panaderos, herreros, meseros, barberos y vendedores ambulantes, que pronto adquirieron relevancia política. En 1909 se constituyó la Casa del Trabajo, cuyo local era sede de las uniones mencionadas además de ser centro de propaganda y promoción de las organizaciones de trabajadores.

Los órganos de prensa de esta época reflejan el clima de inquietud generalizada y la polarización de posiciones en el grupo de hacendados productores de henequén. Así, de los dos grandes diarios que habían sobrevivido al siglo XIX, *La Revista de Mérida*, bajo la dirección y propiedad de Delio Moreno Cantón, iniciaría su labor de oposición y crítica a las medidas monopólicas de la oligarquía y a los abusos de poder que propiciaban su prepotencia. El otro diario, *El Eco del Comercio*, sería comprado por uno de los hacendados más aguerridos en cuestiones políticas, Ricardo Molina Hübbe, que lo transformó en 1907 en *El Diario Yucateco*.

A partir de 1903 aparecería *El Padre Clarencio*, semanario jocoso que se autodefinió como "liberal" y que sería un gustoso órgano de crítica a la situación y a los personeros de la oligarquía. Estaba dirigido por Carlos P. Escoffié, que tendría gran significancia en la vida intelectual y política de años posteriores.

Otra persona que estaba destinada a la notoriedad en la política, el licenciado Pino Suárez, incursionó en las lides periodísticas, fundando el vespertino *El Peninsular* en 1904. Este diario también sería adquirido por Molina Hübbe al establecer *El Diario Yucateco*.

Los hermanos Pérez Ponce seguirían su combate político, entonces desde las páginas de *La Unión Popular*, semanario independiente que publicaron durante poco más de un año.

La Cámara Agrícola de Yucatán, La Unión Democrática del Estado, El Club Juvenil Liberal, La Convención Liberal Antirreeleccionista, La Colonia Española y muchos otros grupos con intereses particulares distintos, publicaban sus órganos periodísticos en los que colaboraban las plumas de calidad reconocida y hacían sus primeras incursiones los que serían sus sucesores. Así encontramos los nombres de Rafael Heredia Reyes, Manuel Irigoyen Lara, José Inés Novelo, José María Pren, Abelardo Ancona, Alfonso Cámara y Cámara, Manuel Ponce, Antonio Ancona, Mediz Bolio, Nicolás Cámara Vales, Julio Río, José Peón Contreras, Luis G. Urbina, Serapio Baqueiro, Enrique Recio, Carlos Menéndez, Felipe Carrillo Puerto, Liborio Irigoyen, y tantos otros, algunos de los cuales serían pilares del periodismo yucateco mientras otros incursionarían en el campo de la política en distintas corrientes y posiciones. Casi podríamos afirmar que la labor periodística en estos años fue la escuela de formación de los cuadros políticos del periodo subsiguiente, toda vez que las posibilidades de actuación política estaban en ese entonces bastante restringidas y, por el contrario, los órganos periodísticos tenían un fuerte matiz político.

Llegado el plazo para elegir autoridades gubernamentales, la campaña electoral y las consignas antirreeleccionistas absorbieron todo el interés y los esfuerzos de la actividad política de ese tiempo. Sin embargo, el desarrollo de las organizaciones manuales no se detuvo, impulsando formas más desarrolladas y sólidas.

Los obreros ferrocarrileros de La Plancha y la Casa Redonda constituyeron el 23 de abril de 1911 la Unión Obrera de los Ferrocarriles de Yucatán, iniciando un movimiento huelguístico en demanda de aumentos salariales —que desde el reajuste de 1907 no había vuelto a su nivel— y el establecimiento de la jornada de ocho horas de trabajo; planteaban, además, que se reconociera la personalidad jurídica de su asociación mediante la firma de un contrato colectivo. Pese a no haber logrado lo último, el aumento salarial y la jornada de trabajo se obtuvieron al tercer día del movimiento, alcanzando la organización unionista enorme prestigio entre la base ferrocarrilera y otros grupos de trabajadores.

Poco después, en junio de ese año, los empleados de oficina del ferrocarril también se agruparon para defender sus derechos y constituyeron la Alianza Mutualista de Empleados de Ferrocarril, planteando la demanda de igualación con las condiciones alcanzadas por los obreros.

Paralelamente al de los ferrocarriles se llevaría a cabo un movimiento de huelga en los muelles de Progreso al formarse la Unión de Obreros Marítimos de Progreso, y en las calles de Mérida el transporte fue paralizado por la Unión de Tranviarios, que también demandaba mejores condiciones de trabajo en lo relativo al monto salarial y a la jornada laboral.

Después del primer fraude electoral, en los órganos de prensa se manifiesta una radicalización de sus contenidos, haciéndose evidente el rompimiento del orden mantenido por la oligarquía y su incapacidad para restablecerlo. Los grupos obreros empiezan a publicar sus propios órganos de prensa, siguiendo el ejemplo de la Unión de Tipógrafos, en los que deslindan posiciones respecto a la demanda y la lucha antirreeleccionista, planteando sus propias peticiones y divulgando las huelgas y luchas de los contingentes obreros.

La conjunción de estos grupos organizados por el descontento popular generalizado ofrecería un ambiente propicio a las reformas constitucionalistas y al desmantelamiento del orden oligárquico.

Conclusiones

1. El orden oligárquico yucateco encontró en la primera década del siglo XX un obstáculo insalvable: el agotamiento de las reservas de mano de obra, clave para el esquema de sobrexplotación de la hacienda henequenera.

2. Las pugnas entre el estrecho grupo oligárquico —“la casta divina”— y el más amplio círculo de hacendados productores de henequén, rebasaron el ámbito de las operaciones comerciales y llegaron al terreno político.

3. Los hacendados antioligárquicos se identificaron con el descontento de amplios sectores sociales, en contra de la oligarquía y de sus abusos.

4. El “morenismo” fue un movimiento político que aglutinó el descontento de amplios y variados grupos sociales. Sus dirigentes eran viejos militantes del “cantonismo”, profesionistas e intelectuales de nuevo cuño, dirigentes obreros y rurales y un sector de los hacendados henequeneros.

5. Sin embargo, el “morenismo” no logró ser una organización definida y unida en torno a un proyecto político y a un programa.

6. Para estudiar y comprender este movimiento hay que analizar tanto el proceso de descomposición en la clase dominante y la decantación de los intereses de las distintas fracciones, como el proceso de emergencia de las organizaciones populares, con intereses propios y formas orgánicas específicas en cada conglomerado.

7. El "morenismo" debe ser ubicado y estudiado, también, en relación con el porfiriato y la coyuntura prerrevolucionaria que vivía el país.

8. En este sentido, al derrumbarse el régimen porfirista y con él la oligarquía henequenera, el "morenismo" perdía su razón de ser. Así como había sido capaz de conjuntar la vieja tradición golpista de los "cantonistas" y el aire renovador de los líderes obreros y rurales para enfrentarse al capricho y la prepotencia de la oligarquía, una vez desaparecida ésta, fue incapaz de disminuir sus diferencias y posponer el estallido de sus pugnas.

9. Del "morenismo" se desprendería una nueva generación de dirigentes que darían nuevos rumbos al movimiento popular yucateco, pero también generaría un agucrrido grupo de hacendados y dirigentes políticos que se opondrían a cualquier reforma y lucharían por la restauración del orden oligárquico, sus pompas y sus glorias.

Bibliografía

- Aboites A., Luis, *Esperia 1910-1940*. Universidad Autónoma Metropolitana, tesis, 1980.
- Alvarado, Salvador, *La actuación Revolucionaria en Yucatán*, s/c, México, 1981.
- Betancourt Pérez, Antonio, *Revoluciones y Crisis en la Economía de Yucatán*, México, 1953.
- Boho, Edmundo, *Yucatán en la dictadura y la Revolución*, ed. del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1967.
- Bustillos Carrillo, Antonio, *Yucatán al servicio de la Patria*, ed. del Gobierno del Estado, México, 1959.
- Enciclopedia Yucatanense, tomo III, ed. oficial del Gobierno del Estado, México, 1977.
- Falcón, Romana, *El Agrarismo en Veracruz. La Etapa Radical 1924-1935*, El Colegio de México, 1980.
- Fowler Salamini, Heather, *Movilización campesina en Veracruz 1920-1938*, Siglo XXI, México, 1979.
- Gumboa Ricalde, Alvaro, *Yucatán desde mil novecientos diez*, Standard, Veracruz, 1943, (3 volúmenes).
- García Cantón, Alberto, *Memorias de un ex-hacendado henequenero*, Imprenta Díaz Massa, Mérida, 1965.
- González Navarro, Moisés, *Raza y Tierra. La guerra de castas y el henequén*, El Colegio de México, México, 1970.
- Javer, Eva Rosa, *Los ejidatarios de Esperia*, Universidad Autónoma Metropolitana, Reporte de Investigación núm. 17, 1980.
- Joseph, Gilbert, "The fragile revolution: cacique politics and revolutionary process in Yucatan", en *Latinamerican Research Review*, volumen XV, núm. 1, 1980.
- Katz, Friedrich, "El sistema de plantación y esclavitud", en *Revista de Ciencias Políticas de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales*, UNAM, año 8, núm. 27, México, 1962.
- Lara y Lara, Humberto, *Sobre la trayectoria de la reforma agraria en Yucatán*, Zamná, Mérida, 1949.
- Martínez, Carlos, "El Tabasco Garridista. Laboratorio de la Revolución", Siglo XXI, México, 1979.
- Mena Brito, Bernardina, *Reestructuración histórica de Yucatán*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1969.
- Montalvo, Enrique, *Imperialismo y Henequén. Estudio de las clases sociales en Yucatán entre 1900 y 1919*, Tesis profesional de Sociología, Esc. de Sociología, UTA, México, 1976.
- , "Caudillismo y caciquismo en la Revolución mexicana. El caso del general Salvador Alvarado en Yucatán", en *Revista Nueva Americana*, Nueva, núm. 2, Italia, 1979.

- Pach, Francisco y Montalvo, Enrique, *El Socialismo olvidado en Yucatán*, Siglo XXI, México, 1977.
- Pach, Francisco, *Salvador Alvarado y la Revolución en Yucatán*, Ayuntamiento de Mérida, Mérida, 1981.
- Patch, Robert, "La formación de estancias y haciendas en Yucatán durante la colonia" en: *Boletín de la ECAUDY*, año 4, núm. 19, 1976.
- Sierra, José Luis, "Hacia una economía política de la hacienda henequenera", en: *Yucatán, Historia y Economía*, DRES, de la UDY, año 3, nov. 17 y 20, Mérida, 1980.
- , y González, Blanca, "Estado y caudillismo en México. El caso del General Alvarado", en: *Yucatán, Historia y Economía*, DEES, de la UDY, núm. 22, año 4, Mérida, 1980.
- Suárez Molina, Víctor, *Evolución económica de Yucatán a través del siglo XIX*, tomos I y II, UDY, Mérida, 1977.
- Wells, Allen, "Actuación de los Molina y los Peón en el Yucatán Porfiriano", *Rev. de la Universidad de Yucatán*, año XXII, núm. 128, p. 43, 1980.